

UNA CARRERA PARA FORMAR CORRECTORES DE TEXTOS EN LENGUA ESPAÑOLA

ALICIA MARÍA ZORRILLA

Corregir un texto es un arte, un trabajo extremadamente delicado, que exige gran dedicación desde el momento en que el profesional acomoda el texto sobre su escritorio o se sienta frente al monitor de su computadora, entre curioso y apasionado, para comenzar la tarea. El infinitivo comenzar es, para algunos, traumático, pues significa ejercitar su saber, llevar a la práctica sus conocimientos, en fin, demostrar su idoneidad. Por eso, la primera pregunta que lo asalta define su labor: ¿cómo estará escrito este texto? Y para saber si está bien escrito o no, tiene que poner en juego su formación: ¿cuánto sabe para desarrollar esa labor? ¿Es suficiente para hacerlo tener una licenciatura o un profesorado en cualquier especialidad del ámbito de las Humanidades o de otros ámbitos terciarios o universitarios? Esta pregunta motiva otra: ¿es necesario que el corrector curse una carrera profesional que lo forme como tal? En síntesis, ¿qué debe saber un corrector para merecer ese título? Nuestra respuesta es, pues, afirmativa: es necesaria una carrera específica para formar correctores de textos porque no solo sistematiza los contenidos a los que debe acceder el alumno, sino también lo prepara para el perfeccionamiento y la actualización continuos, le enseña a consultar y a saber elegir la bibliografía adecuada, le da las herramientas para hallar los errores y enmendarlos, y lo entrena para aguzar su poder de observación y conocer cuáles son los límites de su trabajo. Muchos defienden aún la idea de que un título terciario o universitario y la adquisición y el estudio de la bibliografía actualizada son suficientes para trabajar como corrector. En la Argentina, no. De acuerdo con lo expresado por las personas que han experimentado esto, no lo es, pues se necesita una guía para insertar esas normas en la realidad que plantea la difícil corrección de un texto. Las normas existen, pero cómo usarlas, cómo relacionarlas para fundamentar cada enmienda; cómo deben actuar simultáneamente la Normativa, la Morfosintaxis y la Ortotipografía para que no se cometan más errores de los que presenta el texto.

Un día una de nuestras alumnas nos trajo una serie de diarios editados por una inmobiliaria. Cada página promocionaba doce o trece ventas, y cada anuncio de venta era una curiosa pieza de análisis. Aunque no tenía que hacerlo, se preguntó cómo podía corregir eso, con un despectivo «eso» que sabía más a ruina que a reconstrucción.

El dueño de la inmobiliaria había admitido la publicidad de esos textos. La prosa inmobiliaria, extremadamente concisa por razones económicas, es siempre descuidada y hasta ignorada porque el objetivo es material: vender terrenos, casas o departamentos; los medios escritos para lograrlo no importan. De cualquier modo, siempre hay una primera vez, y, en esta oportunidad, nuestra alumna no se había topado con un esquelético telegrama —expresión común en esta clase de mensajes—, sino con textos que hasta hacían el esfuerzo de ser poéticos, pero nadie los había corregido, nadie había contratado a un corrector para realizar la tarea. Extraemos de ellos algunos fragmentos que celebran, sin duda, la existencia de los errores. Son un curioso himno al error. Penetremos en algunos cuyo mensaje, más que estimular la venta, anulan la voluntad de los posibles compradores.

Después de consignar la calle y el número en que se encuentra el inmueble, llegan los invitados a este banquete, al que la puntuación no asiste porque no es bien recibida; mejor ignorarla que estudiarla, y esta ausencia hace estragos. Por ejemplo: *una segura esquina de 120 metros de tierra permite mudarse sin hacer arreglo alguno ya que ha sido remodelada en la década del noventa por sus actuales dueños que la han conservado cuidadosamente...* ¡Cuánto amor por la esquina! Pero, en realidad, hablaba de una casa. Observaremos, además, que el sublime escritor, posesionado por esa escritura que le dejará buena comisión, ya no sabe qué decir y, como no sabe, personifica enfáticamente con su avezada pluma todo lo que describe y usa solamente tres comas. Titula su texto «Levántate y anda»:

En estos valores hay pocas opciones o bien conseguir un discreto tipo casita interno de dudoso estado y con acceso por un pasillo o bien encontrar algo como esta casita —que si bien no está muy seductora hoy día pero tiene potencialidad prácticamente es como si fuere una casita sola, [...] a escasos 200 metros de locomocionada, populosa y muy comercial Av. Juan Bautista Alberdi 5400 en planta baja totalmente independiente y

al frente y con espacio aéreo propio. Si bien hoy día su actual estado no es el mejor aunque está vivible, hay que considerar otras virtudes que no se ven a simple vista...

O este otro ejemplito también con tres comas; parece que coincide con los antiguos en que este número simboliza la armonía y la perfección, cualidades de que carecen estos textos, y con Borges en que el «tres» es una confirmación, en este caso, de la natural impericia del redactor:

RUINOSO

Tipo casita antiguo y bien roto PB al fondo francamente destruido pero pesar de su lamentable estado para nada habitable con revoques caídos, humedades de cimientos y deterioro de instalaciones, pisos, revestimientos etc. que desalienta a comprador poco entendido en construcciones pero ni aun este DANTESCO escenario logra opacar la amplitud asoleamiento potencialidad y ubicación que lo transforma en un PH potable 2 amb 4x4x4 de alto + lugar de cocina y baño (indignos) + generoso patio con galería de donde sale escalerita de hormigón que conecta una seudo hab en altos y el resto del perímetro techo de bovedilla y chapas 60,77 mts² cub y 95,79 mts² prop con la ventaja de ser 3 unidades en total con fachada agradable y un pasillo al menos no tan difícil de ponerlo lindo

Además, en otros avisos, promociona un departamento en planta baja que tiene *parrilla en el corazón de Villa del Parque*; otro *seduce a fóbicos de escaleras que privilegien la comodidad de vivir en una casa en bajos pero bien distribuido funcionalmente, [...], cerradito pero a la vez bien ventilado perimetralmente al exterior...; la clásica escalera conecta con una hab en altos "como para suegra"*.

Cada tanto y como para descansar de su fatigoso ejercicioseudoliterario, el redactor reflexiona y dice: *Humildemente no hay nada ni parecido en estos valores con esta genética privilegiada...o Este constructor transformó un legendario galpón de hormigón en sensuales PH onda LOFT... Ya recuperado, recobra el optimismo y nos habla de el alegre patio interior y el garaje alegre; el techo traslúcido que remata en deseada expansión; un entrepiso enamorado que balconea a la planta baja; una casa que derrocha bonanza, cuya fachada denota su generosidad; un primer piso honrosamente mantenido; un PH que cuenta entre otras cosas con entrada exclusiva y directa desde la calle; dos*

sendos pisitos únicos con entretenidas visuales que dominan visualmente un gran sector verde y un dúplex mirando al naciente; todos con expansión íntima de miradas indiscretas.

¿Cómo actúa un corrector frente a estos textos tan peculiares, y para gente imaginativa —como aclara el mismo redactor—, después de agarrarse la cabeza con ambas manos y preguntarse qué debe hacer con ellos? Sin duda, responderemos enfáticamente: ¡¡¡debe corregirlos!!!, con tres signos de exclamación de apertura y tres de cierre, pues ni los gerundios se salvan.

Sin duda, cursar la carrera no solucionará estas adversidades ni le permitirá tener ante sí textos mejores —con el saber, las dudas crecen, y es saludable que esto ocurra, pero también se aprende a buscar soluciones—; sí, le enseñará que la acción de corregir un texto está reñida con el gusto personal y que significa cumplir con tres momentos ineludibles: 1) leer el texto detenidamente; 2) corregirlo con objetividad; 3) fundamentarle al autor cada una de las enmiendas. Además, y sobre todo, que su libertad termina donde comienza la del autor, ya que no es coautor.

¿Por qué surgió la necesidad de crear una carrera para el corrector? Por las continuas consultas lingüísticas que nos llegaban ya fatigadas por la incertidumbre. En la Argentina, el consultante se encontraba en estado de desamparo, a pesar de sus títulos terciarios o universitarios, y nos pedía tácitamente que le señaláramos el camino, que lo orientáramos, que le indicáramos cuáles eran los límites de la corrección porque así se lo exigía su trabajo diario y la redacción de sus propios escritos. Necesitaba herramientas para escribir bien y, más aún, para corroborar primero si escribía bien.

La carrera no es para todos, sino para los que sienten pasión por su lengua, por lo tanto, para los que aspiran a cursarla con responsabilidad y con verdaderos deseos de aprender. Les dará, pues, el soporte necesario para saber cómo resolver los inconvenientes gráficos, morfosintácticos y lexicosemánticos; cómo, aun corrigiendo, respetar el extravagante estilo del escritor de nuestros ejemplos, pues el estilo, de acuerdo con el significado de la palabra ('manera de escribir'), no se corrige nunca, aunque se haya generalizado el sintagma «corrección de estilo». Algunas personas nos llaman y dicen: *Tengo que corregir el estilo de un libro y no sé cuánto cobrar*. Le respondemos: «Eso no puede cobrarse porque no debe corregirse».

Realizada la carrera, tendrá el reconocimiento de las editoriales, las empresas de traducción, los escritores, etcétera, pues valorarán en él a un profesional instruido —si continúa luchando por no dejar de serlo y de demostrarlo con el estudio continuo— y sabrán que una institución formadora respalda su tarea y está siempre presente en su vida laboral para asesorarlo. Con esas intenciones, se organizó la Casa del Corrector en la Fundación LITTERAE.

En la Argentina, consideramos, pues, que las asignaturas que deben contribuir a su preparación son las siguientes, distribuidas en tres años. En el primer año, Gramática del Español (dos módulos de cuatro meses cada uno); Normativa Lingüística Española (dos módulos); Introducción a la Corrección de Textos (dos módulos); Ortotipografía Española (dos módulos). En el segundo año, Análisis de Errores (dos módulos); Corrección de Textos Especializados, es decir, literarios, científicos, jurídicos y periodísticos (dos módulos); Gramática del Español (dos módulos); Introducción a la Lengua Latina (dos módulos). En el tercer año, Práctica Profesional (dos módulos); Normativa de la Redacción (un módulo); Edición (un módulo); Introducción a la Sociolingüística (un módulo); Corrección de traducciones al español (un módulo); Práctica Gramatical (un módulo); Lexicografía Española (un módulo); Corrección de Textos Médicos (un módulo). No obstante, nuestros alumnos son los verdaderos hacedores de los planes de estudios, pues nos comunican año a año cuáles son sus intereses para formarse integralmente, para recibir una actualización continua. Sin duda, lo importante no es solo enseñarles contenidos, sino crearles un ambiente de aprendizaje propicio y motivador para que esa enseñanza sea buena siembra.

Decía nuestro Jorge Luis Borges que «la duda es uno de los nombres de la inteligencia», y Arthur Schopenhauer (1788-1860), que «No hay ningún viento favorable para el que no sabe a qué punto se dirige». El corrector no puede descansar en los errores, aunque les tema a las dudas —Oscar Wilde hablaba de la belleza sutil de la duda, esa duda que lo apasionaba—, pero debe saber dejar de dudar a tiempo a fin de encontrar ese punto al que se refiere el filósofo alemán, para no perder el rumbo. Y ese punto al que debe dirigirse representa la certeza, la seguridad ante lo que ha de corregir, es decir, el conocimiento, que siempre será escaso, y en esa austera «poquedad» reside su inmenso

incentivo para aumentarlo siempre, no su poder para detenerlo o para ignorarlo.